

El único de estos, que andaba, bien que falsamente, en boca de muchos con ocasion del tal campamento, era un fraile añciano lego, que ya hacia mucho tiempo habia salido de Francia: llamábase Bastide, y teniendo por desgracia el mismo apellido un Sacerdote, tambien ausente de aquellos contornos, buscado y hallado en Villefort, fué desquartizado por los mismos bandidos, que con nuevo furor hicieron mas viva la pesquisa. Los primeros que descubrieron fueron dos venerables Sulpicianos, uno Mr. Bravard, de setenta años, natural de Auvergne, y el otro Mr. Leseigne, natural de Orleans, ambos directores de un seminario de Aviñon, que se habian retirado de los horrores de esta última ciudad á estos cantones: fueron puestos en la cárcel de Vans, adonde los siguieron luego Mr. l' Abbé de Novi, Vicario de Aujac, á quien arrancaron de los brazos de su padre, Mr. Nadal, Cura en la diócesis de Uséz, y el Cura de Ville-de-Bone con otros, todos en número de nueve. Contra estos hombres, en quienes ni habia delito, ni aun acusacion de cosa determinada, no se atrevieron á dar sentencia alguna los jueces; pero se encargó de buscar el delito y castigarlo una partida de hugonotes. Vinieron, pues, éstos el 14 de Julio en medio del dia, los fueron sacando de tres en tres, y conducidos á la plaza llamada Lagravé, les intimaron que eligiesen, ó jurar allí mismo, ó morir, teniendo para intimidarlos mas levantadas sobre ellos las hachas. Entonces responde el venerable Sulpiciano: elijo morir, y los demas dan la misma respuesta: pónense los tres de rodillas, y caen en el mismo instante al suelo sus cabezas. Lo mismo sucede con otros cinco, que mostrando la misma firmeza, recibieron igual recompensa; mas el último, Mr. de Novi, que era de 28 años, fué reservado para combate mas terrible: hacen traer al padre, á quien se lo habian quitado de entre los brazos, y puesto con él junto á los ocho cadáveres, le dicen, que la vida de su hijo está en que le persuada á que jure. Allí el desgraciado padre, vacilando entre la religion y la naturaleza, vencido al fin de la ternura, colgado de sus brazos, mas con lágrimas que con palabras, le dice: *hijo, consérvame la vida mirando por la tuya.* Y él entonces le responde: *padre mio, haré cosa mejor que la que me pedís: moriré digno de vos y de mi Dios: me habeis educado en la*

*Religion católica, de la que tengo la honra de ser Sacerdote: conozco bien lo que ella es, y que será mejor para vos tener un hijo mártir, que un apóstata.* El padre no sabe á que afecto entregarse: abraza de nuevo al hijo, lo baña en lágrimas, y le dice: *hijo mio::* y no puede añadir mas. Arrancánselo los verdugos, él forcejea, y en esta lucha asegurados mal los golpes, no hacen mas que derribarlo en tierra: caésele en esto el breviario de las manos, lo coge, se levanta, ofrece de nuevo el cuello, y recibido el tercer golpe perfeccionó su martirio. En la misma plaza (¡se horroriza la naturaleza!) estando los mismos bandidos para sacrificar al Señor Téron, se acuerdan que tiene un hijo de diez años, y para tener el gusto de ver correr junto con la sangre del padre las lágrimas del hijo, lo traen con grande algazara, y lo colocan donde sea salpicado todo de ella al degollarlo. Otras muchas víctimas perecieron en aquellos campos, por donde andaban desmandadas muchas patrullas sacrificando á los pobres paisanos, á quienes tenian por sospechosos por solo el fundamento de no ir á la iglesia de los cismáticos. Los Sacerdotes asesinados fueron de veinte y cinco á treinta, y entre ellos otro Bastide, que sacado de una quinta de su hermano, fué arrastrado por la corriente de un arroyo, y al fin acribillado á balazos.

Así perseguian á los Sacerdotes católicos los hugonotes del Medio dia por negarse á un juramento que ellos mismos no hubieran hecho ateniéndose á sus principios; porque en fin esta religion constitucional, aunque conforme en muchos artículos con el calvinismo, conservaba á lo ménos la realidad de la misa, del obispado y de la confesion, cosa que no podian jurar el mantener los calvinistas: ¿de donde, pues, venia este odio contra los que no tenian otro delito que rehusar el juramento? La revolucion lo explica todo: los impíos y los intrusos impelian á los jacobinos, los jacobinos impelian á los hugonotes, y á todos el demonio: á todos poseia el frenesí, y Dios se servia de todos para probar á los suyos. Acercábase ya el tiempo de las grandes hecatombes, habiendo preparado el Señor por medio de estas aflicciones á los Sacerdotes de las provincias, y dispuesto con las noticias de sus martirios á los de la capital. En el mismo dia en que tuvieron la gloria de derramar su sangre por Christo los de

Vans, fueron sacrificados otros en Burdeos. En esta ciudad, émula de París en el espíritu revolucionario, había días que el diarista y los clubs no cesaban de destinar al furor público á los Sacerdotes no juramentados; y aunque los patriotas y hugonotes dominantes se iban con tiento en las visitas domiciliarias y robos, y no se atrevían á prometer la impunidad á todos los furóres del populacho, era no obstante manifiesto que lo incitaban á asesinarlos en algun tumulto que no tuviese otras consecuencias contra los bienes de los particulares. Esta era la causa de los atroces insultos que se hacían cada día impunemente al Clero, mezclados con alguna consideracion que evitase el asesinato de personas determinadas. Así no permitió el magistrado que fuesen degollados el Beneditino Gouban, ni Mr. l' Abbé Gaudet; pero el primero, sin sombra siquiera de delito, sufrió mas de tres meses de prision, y en su soltura en lugar de desagravio se le concedió como por gracia la vida. El segundo, por haber dicho misa en su casa, fué conducido entre la grita y amenazas de la plebe á las casas consistoriales, donde fué absuelto despues de seis semanas de cárcel, y Mr. Devignes, por haber tenido el aliento de ser su abogado, vió pregonada su cabeza, y solo pudo salvarse con la fuga. El día de la Ascension fueron llevados muchos Sacerdotes al castillo de la Trompeta por soldados patriotas bien pagados, y Mr. Mommirel, Cura de San Miguel, se vió ya con la segur al cuello por haber querido mas bien ejercer las funciones de verdadero Pastor en su curato, que las de Obispo intruso en la silla de la misma ciudad. Pero no bastando esto á los clubistas, compusieron é hicieron leer en la lonja una carta en que se avisaba á los patriotas haber sido muertos por el pueblo seiscientos Sacerdotes y nobles que se habían reunido en un fuerte cerca de San Maló para favorecer un desembarco de los ingleses. Al punto se llenaron todos de un género de gozo feroz, y ellos entonces ostentaron como prueba de su moderacion el pedir solo que fuesen presos.

Acercábase el catorce de Julio, día de los grandes regocijos por ser aniversario de la confederacion, y haberse de plantar aquel año en Burdeos el árbol de la libertad, que debía ser regado con sangre de alguna víctima, y nadie merecía serlo mejor

que Mr. l' Abbé de Langoiran, Vicario general, á quien se atribuía por su profundo saber, prudencia, zelo y edificacion la noble firmeza del Clero de Burdeos, y por lo mismo era el objeto especial de la persecucion. Acusábasele de que exigía de los Sacerdotes el juramento de no hacer jamas aquel que les prescribía la asamblea; pero su mas cierto delito fué el haber respondido á una carta sofística y llena de impiedad compuesta en favor del perjurio por Mr. Duranthon, procurador síndico del distrito, y haber demostrado ser toda ella un conjunto de errores, citas falsas y falacias, cuya respuesta firmada valerosamente por él mismo, había tenido prodigioso efecto. Habiéndosele, pues, pedido un cura constitucional, junto con otros escritos suyos bastantes á desengañarlo, tuvo un negociante clubista, por cuyo medio se remitía el pliego, la vileza de abrirlo y denunciarlo; y como sentenciasen los jueces que no había en esto cosa contra las leyes, á la mañana siguiente aparecieron por toda la ciudad carteles denunciando al público este juicio. La fiesta patriótica tenía electrizado al populacho de modo, que el tumulto de gente y gritos por todas partes tenían atemorizados á los ciudadanos, quando se levantó de repente esta voz: ahora es la ocasion de exterminar á los Sacerdotes. Entonces Mr. de Langoiran, que ni por esto pensaba en huir, fué precisado por Mr. de Lajarte á retirarse por algunos días á una quinta á media legua de Burdeos, donde estaban Mr. Dupuis, Beneficiado de San Miguel, y el R. P. Pannatier, Carmelita de quien es la relacion que doy aquí extractada.

» Á eso de las quatro de la mañana cercó la casa gente armada, llamando recio, y amenazando forzar la puerta si no se les abría: fué preciso franquearla, y entrando, nos intimaron que se nos cortaría la cabeza si hubiese allí armas de fuego: registrado todo, y no habiéndolas, nos llevaron á la municipalidad, en donde el Corregidor y demás oficiales nos dieron por inocentes: ya íbamos á ser puestos en libertad, quando acusaron á Mr. Langoiran de haber intentado corromper con dinero á uno de los soldados, y esta imputacion falsa y desnuda de pruebas bastó para determinar á la soldadesca á llevarnos á casa del juez de paz. Éste, oido el proceso verbal, declaró no haber razon pa-

ra tenernos presos. Mas el capitán, sin querer oírlo, se echó sobre Mr. de Langoiran, y lo ase del cuello, llevándolo con nosotros casi arrastrando á la cárcel de Caudevan, bien obscura y enferma, sin mas luz ni respiradero que un agujero de un pie en quadro, por donde oíamos incesantes y horribles imprecaciones. En doce horas que allí estuvimos, no hicimos otra cosa que orar y tratar materias piadosas relativas á nuestra situacion, repitiendo particularmente aquello de los hechos apostólicos: *salían gozosos del concilio por haber sido hallados dignos de sufrir contumelias por el nombre de Jesus*. Mr. de Langoiran nos dixo que le hacía Dios la gracia de experimentar en sí los afectos de San Ignacio, quando pensando en la muerte que le esperaba, escribía: *si no me embistieren en el anfiteatro las fieras, como suelen hacerlo con los Mártires, yo mismo iré, me pondré entre sus garras, y me entraré por su boca*. Pero despues me pidió que lo confesara, lo que hizo con vivos afectos de compuncion: despues escribió con un lapiz la suma que tenia en depósito para los Sacerdotes necesitados, y me la entregó: hecho esto, á las siete de la tarde nos sacaron para llevarnos al departamento: en el camino recibimos muchos malos tratamientos, y en el tribunal se añadieron los golpes á las amenazas. Entónces, no sé como ni porqué, me arrojé á una sala que estaba abierta allí inmediato, cuya accion indeliberada favoreció Dios, porque nadie me detuvo, y solo hallé uno que cerró la puerta tras de mí, desde cuyo instante no ví mas lo que pasaba.

Hasta aquí este respetable religioso, cuya relacion suplieron otros testigos no ménos fidedignos. Luego que llegó á los jacobinos de Burdeos la noticia de esta prision, deputaron nuevos emisarios á Caudevan: unos llegaron á pie, y otros en carriages: los clubs alteraron los espíritus, y fixaron carteles en esta forma: *Mr. Langoiran está preso, esta tarde se le traerá aquí de Caudevan, se recomienda su persona á los buenos patriotas*. Por causa de esta exhortacion, á la entrada del patio del tribunal del departamento recibió Mr. Dupuis una herida, que despues fué seguida de otras sin número, y se observó que un mozo de quince á diez y seis años le agujereó con un cuchillo la mexilla, y por allí le metió los dedos para tenerle la cabeza, en tanto que

se la cortaban; lo que no pudiendo hacer por la opresion de tanta gente, se le echó un lazo á los pies, y fué arrastrado por las calles principales, hasta llegar al gran paseo de Tourny, en donde una compañía de granaderos detuvo el cadáver. Mr. Langoiran al poner el pie en la primera grada de la escalera, fué detenido por la ropa y recibió un golpe, del que cayó en tierra. Quedóse todo en gran silencio, y preguntando los que estaban detras qué habia sucedido, apareció en alto la cabeza goteando sangre: el que la tenia dixo en alta voz: *quítense todos el sombrero, viva la nacion*, y el insolente populacho con el sombrero en la mano repitió: *viva la nacion*, paseando luego la misma cabeza en la punta de una pica hasta las dos de la mañana, sin que diez mil nacionales que estaban este dia sobre las armas, se detacase nadie á contener á solos treinta, que eran los de esta algazara, y un oficial de patrulla queriendo adelantarse para poner fin á este espectáculo, es abandonado de sus soldados. Nada habia quedado que hacer á Mr. de Lajarte y á otros amigos de los generosos Mártires para conseguir del departamento de la municipalidad y de Mr. Courfón, General de la guardia nacional, socorros capaces de contener á los asesinos: solos veinte hombres hubieran bastado para esto; pero no fueron concedidos: se tuvo por mejor pasar el dia en hacer evoluciones militares en el campo de Marte, danzar al rededor del árbol de la libertad, y recibir pomposamente al mismo Duranthon, cuyos errores habia impugnado tan noblemente Mr. Langoiran, el qual llegaba de Paris, donde habia exercido algunos dias el ministerio de los sellos. Al entrar este hombre en el patio del tribunal, vió el cadáver de Mr. Langoiran mutilado, y en aquel primer movimiento dicen que echó en cara á los administradores este asesinato como culpa de su odio ó de su cobardia, y ellos para lavarse de ella publicaron á la mañana siguiente un decreto, en que se decia, que el delito del dia anterior exígia mas fuerza en la administracion del gobierno; pero que ellos entregaban á los asesinos á los remordimientos de su conciencia.

Este mismo dia, tan solemne en los anales de la revolucion, fué celebrado en Limoges con la muerte de Mr. Chabrol, Sacerdote no juramentado. Este Eclesiástico tenia particular ta-

lento para curar huesos dislocados, que exercia con gran caridad con los pobres que le traian de toda la comarca, y tuvo por asesinos á muchos que le debian el uso de los brazos. Aquí me obliga la fuerza de la verdad á observar que no tuvo su martirio, si se le puede dar este nombre, todas las señales que caracterizan la muerte de los demas Confesores de Christo. Guardó su alma intacta del perjurio, hasta hacer por esta constancia olvidar al ingrato público sus servicios; pero tampoco habia adquirido aquella paciencia y resignacion que conviene á un Sacerdote que muere por la fe, y no tuvo presente en su espíritu aquel divino exemplar que guardó silencio delante de sus verdugos, y no habló sino para perdonarlos. Habiendo, pues, mostrado contra el cisma la constancia de un Sacerdote, murió como un Hércules: era de extraordinaria estatura y fuerza, un Milon de Crotona, y con estas disposiciones, entrando tres soldados nacionales en su casa con el pretexto de registrar si habia armas, y comenzando á insultar groseramente á la criada, salió él á reconvenirlos buenamente, y entregarles sin contestacion alguna su escopeta: uno de los granaderos respondió á este buen modo con injurias, y levantó la mano para descargarle un fuerte golpe: entónces Chabrol, acordándose solo de su fuerza, asió de él, y lo derribó á sus pies: iba el segundo á vengar á su camarada, y tuvo la misma suerte: el tercero dió á huir, y llamó á priesa toda la guardia, que consistia en treinta granaderos completamente armados: vinieron, y en lugar de dexarse llevar de ellos á la cárcel, los obligó á seguirle á casa de un juez de paz. Juntase allí el populacho, que incitado de los nacionales pide con empeño su cabeza, y el juez intimidado se niega á darle escape por una puerta falsa, y lo obliga á parecer delante de los furiosos: sácanlo á la calle, y en un instante vé sobre sí mil brazos armados de palos, de cuchillos, de sables, de fusiles: recibe una lluvia de golpes, y como un gigante en quien no hacen mella, á unos echa lejos de sí, á otros tiende en el suelo, á este lo desarma, á aquel hace que le caiga encima el golpe que se dirigia á él; entre tanto se désangra erizado ya el cuerpo de bayonetas: arrancáselas él mismo, y con ellas rechaza á los que se las habian clavado, haciéndolos caer en medio de la turba: cae, en

fin, desangrado, y comienzan á gritar los asesinos que se le lleve á la horca. Á esta voz se reaniman sus fuerzas, se levanta y del primer empellon tira á larga distancia á un tal Montégu, granadero fornido y feroz: vuelve luego á caer y espira, y entónces gritan todos: victoria; insultan al cadáver, lo desnudan, se disputan los pedazos ensangrentados de la sotana, y los llevan en triunfo colgados de los fusiles. Á la mañana siguiente, en el instante en que sacaban para enterrar el cuerpo motilado, llegaron unos rústicos con dos hombres estropeados, y en lugar de la cura que buscaban, hallaron el modo con que premiaba la revolucion la industria, utilidad y noble desinterés.

Por la misma causa, pero de un modo mas conforme al espíritu de Jesuchristo, murió por este tiempo el V. P. Doroteo de Alençon, religioso Capuchino, modesto, edificativo, manso y humilde de corazon, conocido ya de antiguo por su zelo y por todas las virtudes propias de su estado, cuyo hábito vestia aun despues de haber sido arrojado como los demas de su convento. Ocupaba dia y noche en confesar y llevar los socorros de la Religion á los enfermos. Este varon fué presentado á los municipales, y preguntado por ellos quien era, respondió: yo soy religioso Capuchino, he hecho á Dios promesa de serlo, y lo seré toda mi vida. Durante el interrogatorio oía los clamores de un pueblo desenfrenado, que pedia su cabeza; mas no por eso manifestó menor constancia en la profesion de su fe: fué condenado á algunos dias de prision; pero los bandidos le habian dado otra sentencia: al salir del tribunal le acomete una tropa de asesinos, y tanto en medio de estós, como en medio de los guardias, estaba como una mansa oveja que se dexa sacrificar sin resistencia, y este hombre justo, este santo religioso, entre los golpes de sus verdugos bendice á Dios por quien sufre: finalmente echado por tierra, y arrastrado hácia la escalera, lo precipitaron por ella, lleno todo de contusiones, y acabaron de matar á palos al pie de ella, y puesta luego la cabeza sobre una cureña, la cortaron para llevarla en triunfo. Tal era el delirio de este populacho, que en esta cabeza de un Sacerdote que no tenia mas tesoro que su piedad, ni mas ambicion que la salud de las almas, creía triunfar de la mas temible aristocracia.

Sería difícil decir todos los Eclesiásticos que murieron así en todo Julio y Agosto antes que rebentase en París la conspiración general; pero no puedo omitir á Mr. Duportail de la Binardiere, Cura de nuestra Señora de Ham, diócesis de Mans, el qual habiéndose ya retirado, vivia en Bellesme con su madre nonageraria. Pusósele en la cabeza á el Señor Bertrand, apóstata de San Mauro é intruso, hacer que aprobase su perjurio siquiera con alguna demostracion, y no pudiendo conseguirlo con súplicas ni amenazas, puso en movimiento los clubs: fueron, pues, de tropel á su casa, donde no alcanzaron á ablandarlos las lágrimas de aquella madre de cuya extrema vejez era el único recurso: lo traxeron á la plaza pública, donde despues de haber afilado delante de sus ojos los sables, se puso uno de los foragidos á su derecha, y otro á su izquierda, y acercándoselos al cuello, le dixerón: es preciso ahora mismo jurar ó morir, y á su respuesta que fué: *tengo hechos á Dios y al Rey otros juramentos, que jamás violaré para hacer el vuestro*, recibió el golpe, del que cayó por un lado el cuerpo, y por otro la cabeza.

Mas ni con este recurso al juramento, ni con pretexto alguno quisieron disimular su odio á la Religion católica los asesinos de Mr. Guillelmo de San Martin, Vicario de Marcé, diócesis de Sééz, originario de Courbe, de edad de quarenta y nueve años. Estos pretendidos patriotas de Pont-Ecrepin, y de Chourteilles, en la baxa Normandia, habian preso á este buen Sacerdote en medio de su familia, y publicando que lo iban á llevar á Falaise, pasando á Pont-Ecrepin, lo pusieron delante del árbol de la libertad, y le mandaron renunciar allí al Papa y á su Religion; y él respondió: *bien me podeis sacrificar, que yo siempre reconoceré en el Papa al sucesor de San Pedro y Vicario de Jesuchristo en la tierra, y moriré fiel á la Religion católica, apostólica, romana*. Graduando entónces los asesinos los ultrages y suplicio por la firmeza con que él persistia en su resolucion, primero le cortaron con irrision el cabello, despues una oreja, y en fin, apuntándole dos fusiles al pecho y uno á la cabeza, le repitieron la misma intimacion, á la que respondiendo con mas firme resolucion, le descerrajaron los tres tiros, cayó su cuerpo, y voló su alma á los cielos á ser recibida del Principe de los

Apóstoles, cuyos sucesores y derechos habia defendido tan bien en la tierra.

El objeto de los jacobinos y de los intrusos en estos asesinatos, era acostumar al pueblo á derramar la sangre de los Sacerdotes, y prepararlo para verla correr á arroyos sin horror. Ya en el mismo París á fines de Julio intentaban hacer un ensayo de estos furores, y buscaban para ello algun pretexto. Mr. Chaudet, Cura en la diócesis de Ruan, retirado en París, fué la primera víctima de su rabia. Pasaba cierto dia este digno Sacerdote guiando un carro cargado de cueros, y viéndolo unas malaventuradas mugeres, se arrojaron á él como á autor de la carestia de los zapatos, asiéndolo con tanto furor, que apenas se les pudo quitar de las manos para presentarlo á la sesion: allí hizo ver que estos cueros era provision de un sugeto que por su ejercicio de zapatero necesitaba hacer semejantes compras, y que siendo su pariente, le habia escrito se los dirigiese á su tienda. Mr. Chaudet fué absuelto; pero unos malvados, mezclados en el bullicio, continuaron conmoviendo al populachø, y particularmente á una especie de mugeres que abundan en París, de una credulidad sin medida, que perdida toda la vergüenza en su primera edad, llegan á ser los foragidos de su sexø mas feroces y crueles que los mismos de Jourdan. Estas, pues, sitiada la casa del buen Sacerdote, la entraron por fuerza, dieron con él, lo arrojaron por una ventana, y lo acabaron de matar á palos.

Poco cuidado dió á los jacobinos la indignacion de la gente de bien, una vez que vieron que se podian atrever á qualquier cosa sin que se moviese á tomar conocimiento la justicia. Entretanto seguia la prision de los Sacerdotes en varios departamentos: en el de la Sarthe, por decreto de seis de Agosto, se confinó á doscientos al seminario de Mans: en Rennes se encerró á doscientos, y otros en Nantes, en Puerto-Luis, y en otras muchas ciudades, y estas eran las vísperas de la execucion de los últimos proyectos, que debian consumir la rebelion y la impiedad.